

quinina. Hay fiebre, aunque poca. Principio de un fuerte catarro. Tú te has enfriado en aquella maldita casa de corredor... ó te habrás atufado con algún brasero.»

Fortunata pensó que, en efecto, se había atufado, pero no con brasero. Cediendo á los ruegos de su marido y de doña Lupe, se acostó, y á prima noche estaba más tranquila, desvelada, sin ningún apetito, oyendo con desagrado el ruido de los platos y cucharas que del comedor venia á la hora de cenar. Nicolás hablaba por los codos. «Mejor es que no tomes nada, si no tienes gana—le dijo Maxi, que entró mascando el postre y con un higo pasado en la mano.—Por si acaso, no bajaré esta noche á la botica, y te acompañaré.» La peor de las medicinas era ésta, pues gustaba la joven de estar sola, entretenida con sus pensamientos. Hizo por dormirse; su marido le ató fuertemente un pañuelo á la cabeza, y después se puso junto á la cama. Después de un breve sueño, vió ella la escueta figura de Maxi dando paseos en la habitación. Tan pronto miraba su persona como su sombra corriendo por la pared, larga, angulosa, doblándose en las esquinas del muro. «¡Ahl... Jacinta, yo te quisiera ver casada con éste... Entonces me reiría, me estaría riendo tres años seguidos.»

Maximiliano se desnudaba para acostarse. Al quitarse el chaleco salian de las bocamangas los hombros como alones de un ave flaca que no tie-

ne nada que comer. Luego los pantalones echaron de sí aquellas piernas como bastones que se desenfundan. Todas sus coyunturas funcionaban con trabajo, cual si estuvieran mohosas, y el pelo se le había hecho tan ralo, que su cabeza ofrecía una de esas calvas sin dignidad que suelen verse en jóvenes de poca y mala sangre. Al meterse en la cama y estirar los huesos exhalaba un *jahl*, que no se sabía si era de dolor ó de gusto. Fortunata, fingiendo dormir, se volvió para el otro lado, y á media noche dormía de veras.

Á la madrugada abrió los ojos. La alcoba estaba en completa oscuridad. Oyó la respiración de su marido, áspera á ratos, á ratos silbante y con diversos flauteados, como si el aire encontrase en aquel pecho obstrucciones gelatinosas y lengüetas metálicas. Incorporóse Fortunata, cediendo á un movimiento interior cuyo impulso inicial se determinó cuando estaba dormida. Lo que pensaba entonces era por demás peregrino. El disparate que se le había ocurrido, porque disparate era y de los gordos, fué que debía echarse del lecho muy callandito, buscar á tientas su ropa, vestirse... ir hacia la percha, coger su bata y ponérsela. El mantón, ¿dónde estaba? No pudo recordarlo; pero lo buscaría, á tientas también, y una vez hallado, saldría de la alcoba, cogería el llavín que estaba colgado de un clavo en el recibimiento, y ¡aire!... ¡á la calle! La idea

de la evasión estuvo flameando un rato sobre sus sesos como una luz de alcohol, sin que pudiera entender cómo se había encendido semejante idea. En el bolsillo de la bata tenía medio duro, una peseta y algunos cuartos, la vuelta del duro que dió á Papitos para que le trajera... no recordaba qué. Pues con aquel dinero tenía bastante. ¿Para qué más? ¿Y adónde iría? Á una casa de huéspedes. No... á casa de D. Evaristo... No, porque D. Evaristo la reñiría. Esta idea de que la reñiría su *padrino* fué el golpe que le aclaró el sentido, porque la idea de la fuga era un rastro del sueño. «¿Estoy despierta ó dormida?», se preguntaba al reconocer su desatino; y quedóse un rato sentada en la cama, con la mano en la mejilla. El pañuelo se le había desatado de la cabeza, y deshecho el peinado, sus espesas guedejas le caían sobre los hombros. «¡Qué marido éste!—pensaba, recogiendo el cabello;—¡ni atar un pañuelo sabe!» Después creyó ver ojos, que en aquella profunda obscuridad la miraban. «Debo de estar soñando todavía. ¿Qué miras tú? ¿Qué dices? ¿Que estoy guapa? Ya lo creo. Más que tu mujer.»

Y se volvió á acostar. Maximiliano, al volverse, le dió un encontronazo con un omoplato. «¡Ay!, me ha hecho ver las estrellas»; dijo para sí Fortunata, recogiendo más en su lado.

—¿Duermes, vidita?—murmuró el otro des-

pertándose, y rechupando luego como si tuviera una pastilla en la boca.

Pero sin oír la respuesta, se volvió á dormir.

VII

Al día siguiente Fortunata se sentía mejor, pero aún estaba en la cama cuando su marido, después de dar una vuelta por la botica, subió á verla. «¿Qué tal?—le dijo inclinándose sobre ella y besándola en la frente.—Te puedes levantar. El día está bueno. ¡Ay!, yo tengo menos salud que tú, y no me quejo tanto. Siento tal debilidad, que á veces me cuesta trabajo mover un dedo. Todos los huesos me duelen, y la cabeza la siento á ratos como si estuviera vacía, sin sesos... Pero no me duele, y esto es mala señal, porque las jaquecas son un puntal de la vida. Yo no sé lo que me pasa. A ratos me distraigo, me entra como un olvido, me quedo lelo sin saber dónde estoy ni lo que hago... Pues digo, ¿y cuando pierdo la memoria y se me va de ella lo que más sé?... Tú estarás buena mañana; pero yo no sé adónde voy á parar con estas cosas. Dice Ballester que tome mucho hierro, pero mucho hierro, y que esto es falta de glóbulos en la sangre, y así debe de ser... Esta máquina mía nunca ha sido muy famosa, y ahora está que no vale dos cuartos...»

Fortunata le miraba y sentía una lástima profunda. Quizás esta lástima refrescaba el cariño fraternal, que había empezado á marchitarse. Pero no estaba muy segura de esto, y cuando le vió salir pensaba que si aquella planta raquílica del cariño se agostaba, debía hacer ella esfuerzos colosales por impedirlo.

Poco después, hallándose en el gabinete sentada junto al balcón, por donde entraba el sol, sintió en los pasillos ruido de voces, que al pronto no se podía saber si eran de gozo ó de ira. Pero ni tuvo tiempo de asustarse, porque vió entrar á Nicolás haciendo aspavientos de júbilo, el rostro encendido, los ojos chispos, y llegándose á su cuñada le dió un fuerte abrazo:

—Denme todos la enhorabuena... Ya... al fin... No ha sido favor, sino justicia. Pero estoy muy agradecido á las personas que...

—¡Gracias á Dios! Ya tenemos á Periquito hecho fraile—dijo doña Lupe, que después de haber recibido el estrujón en el pasillo, entraba tras él, radiante de dicha, porque se le quitaba de encima aquella fiera boca.—¿Y de dónde?

—De Orihuela, tía—replicó el clérigo frotándose las manos.—Mala catedral; pero ya veremos si sale una permuta.

—Canónigo te vean mis ojos, que Papa como tenerlo en la mano.

—¡Cuánto me alegro!—dijo Fortunata por decir algo, y miró á la calle al través de los

cristales, temiendo que le leyeran en la cara los pensamientos que la canonja de su cuñado le sugería.

«¡Lo que es el mundo!—pensaba.—Razón tenía D. Evaristo. Hay dos sociedades, la que se ve y la que está escondida. Si no hubiera sido por mi maldad, ¡cuándo habría sido canónigo este tonto de capirote, ordinario y hediondo! ¡Y él tan satisfecho!»

—Me voy mañana mismo á que me den la colación. . Pero antes convidó á todo el mundo. Juan Pablo no lo sabe todavía. ¡Que rabíe!... Ayer me apostaba que no me la darían. Ese Villalonga es una gran persona, y Feijóo lo que se llama un caballero, y el Ministro también... ¿Sabéis quien me dió la noticia? Pues Leopoldo Montes, que está ahora en Gracia y Justicia. Corrí allá, y cuando el jefe del personal de catedrales me dijo que eran ciertos los toros, creí que me daba un desmayo. La credencial estaba allí, y no me la habían mandado por no saber mis señas... Lo repito: convidó á todo Cristo... á lo que quieran... y convidó á las de Torquemada, á Ballester... á doña Casta y sus simpáticas hijas...

—Para, hijo, para—dijo doña Lupe amoscándose,—que para esas convidadas no te va á bastar el sueldo de un año; y si piensas que yo cargo con el mochuelo de los gastos, te equivocas...

Nicolás se calmó luego, tomando el tono que cuadra á un sacerdote, y con el cual sabía él muy bien rectificar la descompostura que le producían la ira ó el contento. «Nada, yo estoy satisfecho, y aunque creo que me lo merezco por mis estudios y por los servicios que he prestado en el confesonario, no he de tener orgullo; y desde ahora lo digo: me he de llevar bien con mis compañeros de cabildo.... esta es la cosa. A mí me gusta la paz y concordia entre príncipes cristianos. Una vida descansada, mi misita por las mañanas con la fresca, mi corito mañana y tarde, mi altar mayor cuando me toque, mi paseito por las tardes, y vengan penas.»

Cuando estaban almorzando, Fortunata no podía alejar de sí este comentario: «Si fué un bien que me adecentaras, estúpido, ya te lo he pagado y no te debo nada.»

—Yo tengo que ir al Monte—le dijo más tarde doña Lupe,—que hoy empiezan las subastas. Ten cuidado con Papitos, que estos días anda muy salida. Tú la echas á perder con tus benevolencias. Date una vuelta por la cocina y no le quites ojo. Hazle que ponga el bacalao de remojo, ó ponlo tú. Y que cuando yo venga esté lavada toda la ropa.

Quedóse sola Fortunata con la chiquilla; pero no pudo vigilarla, porque toda la tarde estuvieron entrando visitas. Primero fué doña Casta Moreno, viuda de Samaniego, con sus hijas,

dos jóvenes muy bien educadas ó que se lo creían ellas. La mamá pertenecía á la familia de los Morenos, que en el primer tercio del siglo se dividieron en dos grandes ramas, los *Morenos ricos* y los *Morenos pobres*; pero habiendo nacido en la primera de estas ramas, vino á parar á la segunda. Casó con Samaniego, hombre de bien y muy entendido en Farmacia, pero que no supo hacerse rico. Por los Trujillos tenía doña Casta parentesco remoto con Barbarita; pero habiendo sido muy amigas en la niñez, apenas se trataban ya, porque la fortuna y las vicisitudes de la vida las habían alejado considerablemente una de otra. Sus relaciones eran intermitentes. Á veces se veían y se saludaban; á veces no. Les pasaba lo que á muchas personas que se han tratado en la infancia y que después están años y más años sin verse. Resulta que cuando se encuentran dudan si hablarse ó no, y al fin no se hablan, porque ninguna se decide á ser la primera.

Más cercano y claro era el parentesco de Casta con Moreno-Isla, el cual, á pesar de ser *Moreno rico*, mantenía cierta comunicación de familia con aquella *Moreno pobre*, visitándola alguna vez. Se tuteaban por resabio de la niñez; pero sus relaciones eran frías, lo absolutamente preciso para salvar el principio del linaje. La rama de los Moreno-Isla establecía además un enlace remoto entre doña Casta y Guillermina

Pacheco; pero este parentesco era ya de los que no coge un galgo. Guillermina y la viuda de Samaniego no se habían tratado nunca.

Jactábase doña Casta de haber educado muy bien á sus dos hijas. La mayor, Aurora, guape-tona, viuda de un francés, era mujer de mucha disposición para el trabajo. Había vivido algún tiempo en Francia, dirigiendo un gran establecimiento de ropa blanca, y tenía hábitos independientes y mucho tino mercantil. La segunda, Olimpia, había estado asistiendo al Conservatorio siete años seguidos, y obtenido muchos premios de piano. Su mamá quería que fuese profesora consumada, y para demostrarlo en los exámenes y obtener buena nota, la hacía estudiar una pieza, con la cual mortificaba á la vecindad día y noche, durante meses y aun años. Contaba esta niña la serie de sus novios por los dedos de las manos; pero lo que es á casarse no habían tocado todavía.

Fortunata simpatizaba mucho con Aurora y muy poco con la mamá y con Olimpia. Temía que se burlasen de ella por su falta de educación, y que la estimaran en poco, sabedoras de su pasado. Reconociendo que le eran las tres muy superiores por la crianza y el acertado empleo de palabras finas, á veces quedábase á obscuras de lo que hablaban, y sólo asentía con movimientos de cabeza. Siempre era de la opinión de ellas, pues aunque pensara de distinta

manera, no se atrevía á expresar su disentimiento. Aquella tarde, por causa de su situación de espíritu, estaba la de Rubín más cohibida que nunca y deseando que se marchasen. Pero desgraciadamente nunca estuvo doña Casta más habladora. Sentía mucho no encontrar á Lupe, pues deseaba comunicarle noticias de la mayor transcendencia. Aurora iba á ponerse al frente de un establecimiento de ropa blanca, montado á estilo de los mejores que hay en París y Londres. ¿Qué tal?

Esforzábase la mujer de Maxi en disimular el aburrimiento que esto le causaba, y á la hipóbole de doña Casta respondía con exclamaciones de pasmo y asentimiento. «Mi hija—añadió la viuda de Samaniego—estará encargada de la dirección de los *trousseaux*, canastillas de bautizo y demás género elegante, y tendrá sueldo y participación en los beneficios. El dueño de este gran establecimiento, que tanto ha de llamar la atención, es Pepe Samaniego, á quien ha facilitado el dinero para montarlo mi primo D. Manuel-Moreno-Isla, el hombre más bueno y más generoso del mundo, y con un capital... ¡qué capital! Y vea usted: es soltero... y se pasa la vida en Londres aburriéndose... Lo que yo digo: podría haber hecho feliz á una joven, de las muchas que hay en la familia... Siempre que viene á verme le largo un *espich*, como él dice; él se ríe, se ríe...»

—¡Pero qué me importarán á mí todas estas cosas!—pensaba Fortunata, que ya no podía sostener más tiempo el papel, ni sabía de dónde sacar los monosílabos y las sonrisas.

Por fin quiso Dios misericordioso que *las Samaaniegas* se marcharan; pero no habían pasado diez minutos cuando entró D. Evaristo, con su criado, que le sostenía por el brazo derecho, y Fortunata le condujo hasta la sala, en una de cuyas butacas se sentó el anciano pesadamente.

—¿Doña Lupe...?

—No hay nadie—dijo ella, lo que significaba: estoy sola, puede usted hablar con libertad.

—¡Ah!, sola... ¿Y qué tal?... Me dijeron que estabas... que estaba usted algo mala...

Después de decirle que su enfermedad no había sido nada, la chulita se sentó junto á él, haciendo propósito de contarle la verdadera dolencia que sufría, que era puramente moral, y con los más graves caracteres. Pensaba preguntar á su sabio amigo y maestro por qué todo aquel desorden se había manifestado á consecuencia de las breves palabras que cruzó con Jacinta. ¿Qué relación tenía aquella mujer con su conducta y con sus sentimientos? Sobre esto le diría algo substancioso aquel sagaz conocedor del corazón humano y del mundo, porque ella se devanaba los sesos y no podía dar con la razón de que *la mona* le trastornase su espíritu. Si era ángel, ¿por qué la hacía mala? ¿Por qué

era con ella lo que es el demonio con las criaturas, que las tienta y les inspira el mal? Luego no era ángel. Otro punto obscuro quería consultarle, y era que sentía deseos vivísimos de parecerse á aquella mujer, y ser, si no mejor, lo mismo que ella. Luego Jacinta no era demonio.

Lo difícil era explicar esto de modo que el amigo Feijóo lo entendiese, porque ya se sabe que no se daba buena mano para encontrar las palabras que en el lenguaje corriente expresan las cosas espirituales y enrevesadas.

VIII

Lo peor del caso fué que aún no había empezado la consulta cuando entró doña Lupe, quien invitó al Sr. de Feijóo á tomar chocolate. No se hizo de rogar el buen caballero, y la misma viuda de Jáuregui se lo sirvió. Mientras lo tomaba, hablaron de las visitas que tía y sobrina hacían á la calle de Mira el Río. «Yo—declaraba doña Lupe—reconozco que no tengo valor ni estómago para practicar la caridad en ese grado. Admiro mucho á la *amiga* Guillermina; pero no la puedo imitar.» Feijóo expuso sobre aquel tema de la filantropía algunas consideraciones muy sesudas, y despidióse, dando á cada una de las señoras un fuerte apretón de manos.

Aquella noche notó Fortunata en su marido algo que la puso en cuidado. Durante la comida no había dicho una palabra; tenía el color arrebatado, estaba muy inquieto, dando á cada instante suspiros hondísimos. Cuando subió á acostarse no tenía ya el rostro encendido, sino de color de cola. «¿Tienes jaqueca?» le preguntó su mujer, viéndole desplomarse en una silla y apoyar la cabeza en las manos. Contestó Maxi que no, que la cabeza no le dolía nada, y que lo que le aterraba era sentir el cráneo vacío, *desalquilado*, como una casa *con papeles*.

—Hace poco—dijo con desaliento amargo—perdí la memoria de tal modo... que... no sabía cómo te llamas tú. Venía subiendo la escalera, y me entró tal rabia, que me pregunté á gritos: ¿Pero cómo se llama, cómo se llama?... Me acordé al entrar en la casa. Hoy estaba haciendo una medicina para un enfermo de los ojos, y en vez del sulfato de *atropina* puse el de *eserina*, que es la indicación contraria. Si no lo advierte Ballester... ¡qué atrocidad! dejo ciego al enfermo... No puedo trabajar. Esta cabeza se me ha trastornado. Figúrate que á ratos...

Diciendo esto, la miraba de hito en hito, y Fortunata no sabía disimular bien el terror que aquellos ojos le causaban.

—Figúrate que á ratos me siento tan estúpido, pero tan estúpido, que creo tener por cabeza un pedazo de granito. No salta aquí una idea

aunque me dé con un martillo. Y otros ratos parece que me vuelvo el hombre de más seso del mundo, ¡y se me ocurren unas cosas!... De tan sublimes que son no las puedo expresar; me tiembla la lengua, me la muerdo y escupo sangre... Después me quedo como el que sale de un desmayo.

—Acuéstate y descansa—le propuso su mujer compadecida y asustada.—Eso no es más que cansancio de tanto discurrir.

Maximiliano empezó á desnudarse, deteniéndose á cada momento.

—En cuánto muevo un brazo—decía con terror—me aumentan de tal modo las palpitaciones, que no puedo respirar. Ballester dice que es nervioso: una hiperquinesia del corazón, producida por la dispepsia... gases... Pero yo digo que no, que no, que esto es más grave. Es la aorta... Yo tengo una aneurisma, y el mejor día, *plaf...* revienta...

—No seas aprensivo... Si no leyeras librotos de Medicina no se te ocurrirían esos disparates—opinó ella sacándole los pantalones.

Quedóse con las piernas tiesas, en calzoncillos, esperando á que su mujer le quitara también las botas. «Dios te lo pague, hija de mi vida. Ayúdame, que bien lo necesita tu pobre marido. Estoy lucido, como hay Dios.»

Fortunata le cogió gallardamente en brazos y le metió en la cama. Aún podía ella más. Am-

bos se reían; pero después de la risa, Maximiliano dió un suspiro, diciendo con la tristeza mayor del mundo:

—¡Qué fuerzas tienes!... ¡Y yo qué débil! ¡Y á esto llaman sexo fuerte! ¡Valiente sexo el mío!

—Duérmete y no pienses en tonterías—indicó ella que, movida de piedad, creyó oportuno y caritativo hacerle algunas caricias.

—Si no fuera por ti—dijo él como un niño mimoso,—no se me importaría que la vida se me acabara... El mundo no vale nada sino por el amor. Es lo único efectivo y real; lo demás es figurado.

Acostóse también ella, y estuvo dándole conversación hasta que le entró sueño. ¡Pobre chico! La lástima que Fortunata sentía apagaba en su espíritu la aversión, ó al menos la escondía, como en un repliegue, no permitiéndole manifestarse. Y la compasión hacía que brotaran en su voluntad aquellos deseos de virtud sublime que á ratos surgían como flor de un minuto, criada por la emulación. La emulación ó la manía imitativa eran lo que determinaba la idea de que si su marido se ponía muy malo, muy malo, ella sería la maravilla del mundo por el esmero en asistirle y cuidarle. Mas para que el triunfo fuese completo era menester que á Maxi le entrase una enfermedad asquerosa, repugnante y pestífera, de esas que ahuyentan hasta á los más allegados. Ella, entonces, daría

pruebas de ser tan ángel como otra cualquiera, y tendría alma, paciencia, valor y estómago para todo. «Y éntonces vería *esa* si aquí hay perfecciones ó no hay perfecciones, y que cada una es cada una... Lo malo sería que no lo viese, porque acá no ha de venir...»

Maximiliano la distrajo de esta meditación, dando quejidos profundos. Ya conocía aquello su mujer y sabía el remedio, que era volverlo suavemente del otro lado...

—¡Qué sueño!—murmuró Maxi medio despierto.—Soñaba que te habías marchado... y yo te había cogido de un pie, y tú tirabas, y yo tiraba más, y tirando se me rompía la bolsa del aneurisina, y todo el cuarto se llenaba de sangre, todo el cuarto, hasta el techo...

Le arrulló para que se durmiera, y ella se durmió también. Levantóse temprano porque tenía que trabajar. Después de las nueve, cuando entró en la alcoba á ver si á su marido se le ofrecía alguna cosa, éste se estaba vistiendo, y en una disposición de ánimo muy distinta de la que tuviera la noche anterior. No sólo parecía recobrado de su debilidad, sino que estaba inquieto, ágil y como si acabara de tomar un excitante muy enérgico. En cuanto entró su mujer, se fué derecho á ella, abotonándose el cuello de la camisa, y en tono de acritud, le dijo:

—Oye... estaba deseando que vinieras para decirte que esas visitas del señor de Feijóo me

cargan. Anoche te lo iba á decir y se me olvidó... Ya lo sabes... Sé que ayer tarde estuvo aquí otra vez y le dieron chocolate con moji-cón. Me lo contó mi hermano Juan, que pasaba por la calle cuando él salía, y hablaron.

Fortunata estaba pasmada de aquel exabrupto, y más aún del tono. Por las mañanas solía estar Maximiliano algo regañón y displicente; pero nunca como aquel día. Volviéndose hacia el espejo para ponerse la corbata, prosiguió diciendo: «Es que parece que hacen las cosas á propósito para molestarte, para que rabie... Y no eres tú sola... Mi tía también. Se han propuesto sin duda hacerme perder la salud.»

En el espejo pudo ver Fortunata la cara pálida y contraída de Maxi, cuya susceptibilidad nerviosa se manifestaba en un movimiento vibratorio de cabeza, la cual parecía querer arrancarse por sí misma del tronco. Disculpóse ella como pudo; pero él, en vez de calmarse, siguió quejándose de que le mortificaban adrede, de que se proponían acabar con él. La esposa callaba, sospechando que su marido no tenía la cabeza buena, y que sería peor llevarle la contraria. Desde entonces pudo observar que por las mañanas se repetía en Maxi la misma excitación, y la terquedad de que todas las personas de la familia se confabulaban contra él para atormentarle. Unas veces tomaba pie de alguna falta advertida en la ropa, botón caído, ojal

roto, ó cosa semejante. Otras, era que le ponían un chocolate muy malo para que reventara... ¡como que le querían envenenar!... Ó bien que dejaban los balcones y las puertas abiertas para que entrase un aire colado y le partiese. Estas manías iban de mal en peor, poniendo á doña Lupe de un humor acerbísimo y haciéndole presagiar alguna desgracia. Llegó día en que Maxi se expresaba con una violencia muy opuesta á su carácter pacífico, y cuando no le contradecía, se contestaba él, echando leña por sí propio en la hoguera de su ira; y por fin se iba refunfuñando, cerraba con golpe formidable la puerta, y bajaba la escalera de cuatro en cuatro pedaños.

Por las noches el lobo se trocaba en cordero. Creeríase que la fuerte invención de la mañana se iba gastando con los actos y movimientos de la persona en el curso del día, y que ésta llegaba á la noche en el estado contrario, exhausta como el que ha trabajado mucho. Ya Fortunata se había acostumbrado á este tira y afloja, y ninguna de las extravagancias de su marido la cogía de sorpresa. Por las mañanas lo mejor era no hacerle caso, aparentando sumisión á sus exigencias; por las noches no había más remedio que halagarle y mimarle un poco; que otra cosa habria sido cruel.

Diferentes veces, en las intimidades con su cara mitad, Maximiliano habia expresado esas

tristezas tan comunes en los matrimonios que no tienen hijos. Fortunata no gustaba de este tópico; pero no tenía más remedio que aceptarlo. Una noche lo acogió con verdadero entusiasmo, porque llevaba á él una felicísima idea que aquel día había tenido. «Mira tú—dijo á su esposo,—si Dios no quiere darnos una criatura, él se sabrá por qué lo hace. Pero podemos adoptar uno, buscar un huerfanito y traérsosle á casa. A mí me gustaría mucho, y á los dos nos distraería. ¿Por qué no he de hacer yo, aunque soy pobre, lo que hacen las señoras ricas que no tienen hijos? Es muy soso un matrimonio sin chiquitín.»

A Maximiliano le pareció bien la idea; pero doña Lupe, aunque no la contradijo abiertamente, no pareció entusiasmarse con ella. Los chiquillos ensucian la casa, todo lo revuelven y enredan, y dan enormes disgustos con sus enfermedades y travesuras. Aunque expuso estas ideas con mucha discreción, Fortunata se entristeció, porque se le había metido en la cabeza desde la noche antes aquel tema de recoger un niño huérfano, y encariñada con ella, le costaba mucho trabajo desecharla. ¡Manía de imitación!

IX

Doña Lupe la invitó, dos días después de la tarde del choque con Jacinta, á volver á visitar á Mauricia. ¡Qué diría doña Guillermina si no volvieran! Negóse Fortunata no sé con qué pretexto á ir allá, y fué sola doña Lupe. Era el día de San Isidro y no había ventas en el Monte de Piedad. A eso de las diez regresó muy afectada, y entrando en el gabinete donde su sobrina estaba cosiendo, le dijo: «Hija, rézale un Padre nuestro á la pobre Mauricia.»

—¡Se ha muerto!—exclamó Fortunata sintiendo una fuerte sacudida en su alma.

—Sí, á las nueve y media. Parecía que estaba esperando á que llegara yo para morir... ¡pobrecilla! Vengo horrorizada. Si yo lo sé, no parezco por allá. Estos cuadros no son para mí. Cuando llegué estaba en su sano juicio. ¡Preguntóme por ti con un interés...! Dijo que te quería más que á nadie, y que en cuantito que entrara en el Cielo, le iba á pedir al Señor que te hiciera feliz. Yo, francamente, al oír esto, vi que estaba fatal, y Severiana me dijo que anoche creyeron por dos ó tres veces que se les quedaba entre las manos. Le dieron congojas tan fuertes, que se le acababa la respiración... Noté también que su voz parecía salir del hue-

co de un cántaro muy hondo y sonaba como lejos... La cara la tenía muy arrebatada, y los ojos hundidos, pero muy brillantes. Guillermina estaba sentada á su cabecera, y á cada rato le daba abrazos y besos, diciéndole que pensara en Dios, que padeció tanto por salvarnos á nosotros... De repente, se descompuso, hija; ¡pero de qué manera!... ¡Se quedó amoratada, empezó á dar manotazos y á echar por aquella boca unas flores, unas berzas!... Era un horror. En esto llegó el padre Nones, á quien Guillermina había mandado llamar para que la auxiliase; pero todo inútil. Ni la pobre enferma podía oír lo que le decían, ni estaba su cabeza para cosas de religión. La santa tuvo una idea feliz. Le dió á beber una copa de Jerez, llena hasta los bordes. Mauricia apretaba los dientes; pero al fin debió darle en la nariz el olorcillo, porque abriendo la boca, se lo atizó de un trago. ¡Cómo se relamía la infeliz! Se calmó y ¡pum! la cabeza en la almohada. Entonces Guillermina, poniéndole una cruz entre las manos, le preguntaba si creía en Dios, si se encomendaba á Dios y á la Santísima Virgen, y á tales y cuales santos del Cielo, y contestaba ella que si moviendo la cabeza... El padre Nones estaba de rodillas, reza que te reza. Encendieron una vela, y te aseguro que el tufillo de la cera, los rezos y aquel espectáculo me levantaron el estómago y me han puesto los nervios como cuerdas de guitarra.

Yo no quería mirar; pero la curiosidad... eso es lo que tiene... me hacía mirar. Los ojos de Mauricia se le habían hundido hasta ponérsele en la nuca, y la nariz, aquella nariz tan bonita, se le afiló como un cuchillo. Guillermina, alzando la voz, decíale que se abrazara á la cruz, que Dios la perdonaba, que ella la envidiaba por irse derechita á la gloria, y otras muchas cosas que la hacían á una llorar. La cabeza de Mauricia se iba quedando quieta, quieta... Luego la vimos mover los labios, y sacar la punta de la lengua como si quisiera relamerse... Dejó oír una voz que parecía venir por un tubo del sótano de la casa. Á mí me pareció que dijo *más, más...* Otras personas que allí había aseguran que dijo *ya*. Como quien dice: «Ya veo la gloria y los ángeles.» Bobería; no dijo sino *más...* á saber, *más Jerez*. Guillermina y Severiana le acercaron un espejo á la cara y lo tuvieron un ratito... Después todos empezaron á hablar en alta voz. Ya estaba Mauricia en el otro mundo; se había quedado de un color violado tirando á azul. Á los diez minutos su fisonomía estaba tan variada, que si la ves no la conoces.

—Pero Guillermina... ¡qué mujer esa!—prosiguió la de Jáuregui, después de una triste pausa, poniendo los ojos en blanco.—¿Creerás que la amortajó con sus propias manos? No haría más si fuera su hija. Ella la lavó... ella la vistió... ella le puso el hábito... y tan tranquila.

Yo habría querido ayudar; pero, francamente, no sirvo para esas cosas. Me parecía natural el ofrecirme. Bien sabía yo que la santa no había de ceder á nadie el llevar la batuta en aquella operación: lo ha tomado por oficio. Pero me ofrecí, me ofrecí. Hay que estar en todo y quedar siempre en buen lugar. Y créete que lo poco que hice tiene mérito, porque en mí es un sacrificio cualquier niñería de este género; mientras que en esa señora no lo es, por estar muy acostumbrada á revolverse entre enfermos y difuntos, como las hermanas de la caridad. Habías de verla. Y siempre con su carita tan sonrosada, y aquel pasito ligero y vivaracho. Cuando concluyó, echamos las dos un largo párrafo en la salita; hablamos de Mauricia, de la mucha miseria que hay en este Madrid, y de que gracias á las buenas almas «como usted»—me dijo,—se remediaban muchos males. «¿Y la sobrinita, no ha venido?—me preguntó.—El otro día me prometió unos pantalones de su marido.»

—¡Ah!, sí—recordó Fortunata.—No crea usted que lo he olvidado. Ya los aparté. Son para un hombre que toca la corneta, el trombón ó qué sé yo qué. Se los mandaremos á Severiana.

—Yo me encargo de eso—replicó doña Lupe, dando á entender que pensaba volver allá.

—No, los llevaré yo, bien envueltitos en un pañuelo—dijo la sobrina, á quien de súbito en-

traron ganas de ir á la casa mortuoria.—Llevaremos cada una nuestro duro, por si piden para el entierro.

—Eso no está mal pensado. Pero á quien hay que darlos es á Guillermina, que es la que sabe agradecer. ¡Ah! Se me olvidaba decirte otra cosa. Me invitó á ir á visitar su asilo, mejor dicho, nos invitó á las dos. Iremos. Ese día estrenaré mi abrigo nuevo y tú la falda que te piensas hacer. Habrá que echarle algo en el cepillo; pero no importa. Otros petitorios me enfadan á mí, que á los cepillos no les temo.

Papitos entró, y su ama le dijo que hiciera una taza de te, porque tenía el estómago revuelto. La señora no se había quitado el manto ni los guantes; pero cuando se aligeraba, charlando, de la carga que en su espíritu tenía, pensó en mudarse de ropa. En la mano traía un lío. Eran varias cosillas que de paso compró para engolosinar á Maxi. Ballester había recomendado que se le diera carne cruda; pero como él se negaba á comerla, doña Lupe discurrió el darle menudillos, corazones de aves, y suprimir para él el cocido y los feculentos. Para postre le trajo *bruños* de Portugal.

Á nada de esto atendía Fortunata, por tener el pensamiento enteramente ocupado con aquella idea de visitar el asilo de doña Guillermina. De allí sacaría el huerfanito que quería prohibir. Pues digo... si estaba todavía en el estable-

cimiento aquel mismo nene que su tío Pepe Izquierdo quiso venderle á Jacinta, ¡qué ocasión, Cristo! ¡qué golpe! Que vieran, sí, que vieran cómo también ella...

Pero pronto había de ocurrir algo que desconcertó por completo el plan de adoptar un huerfanito. Al día siguiente, resistiendo al empeño de Maxi que quería llevarlas á San Isidro, fueron, como estaba concertado, á la calle de Mira el Río. Temía Fortunata aquella visita por diferentes motivos, no siendo el menor la pena que le causaría ver los restos de Mauricia. Temerosa y sobresaltada quedóse en la salita, donde estaba doña Fuensanta con un pañuelo negro por los hombros. Severiana entraba y salía. Sus ojos revelaban que había llorado, y también tenía un mantón negro por los hombros. Por un resquicio de la puerta que comunicaba la sala primera con la cámara mortuoria, vió Fortunata los pies de la Dura en el ataúd, y no tuvo ánimo para acercarse á ver más. Dábale pena y terror, y no podía olvidar las últimas palabras que le dijo su infeliz amiga: «Lo primero que le he de pedir al Señor es que te mueras tú también, y estaremos juntas en el Cielo.» Aunque se tenía por desgraciada, la de Rubín se agarraba con el pensamiento á la vida. Lo que dijo Mauricia era un disparate. Cada uno se muere cuando le toca, y nada más. Doña Lupe, que pasó á ver á la difunta, se afectó

tanto, que no pudo permanecer allí. «Hija mía —dijo á su sobrina secreteándose,—yo no puedo ver estas cosas fúnebres. Creo que me va á dar algo. La muerte me aterra, y no es que yo sea aprensiva. No me causa espanto ninguna enfermedad, como no sea el mal de miserere. Es lo que temo... En fin, que yo me voy de aquí al Monte. Necesito que me dé el aire. Quédate tú por el buen parecer; ahí dentro está la santa. Toma mi duro, por si hay la consabida suscripcioncita. En cuanto se lleven el cuerpo te vas á casa. Abur.»

Cuando se fué la de Jáuregui, dejando sola á su sobrina, ésta mudó de sitio por no ver los pies de Mauricia, calzados con bonitas botas de caña clara; pies preciosísimos que no darían ya un solo paso. Doña Fuensanta salió y le dijo algunas palabras. Un ratito después abrióse la puerta de la estancia mortuoria, y Fortunata tuvo un estremecimiento nervioso, creyendo al pronto que era la propia Mauricia que aparecía... Pero no, era Gillermina. Desde que dió ésta el primer paso en la sala, fijáronse sus ojos en la joven, quien otra vez tuvo miedo. La santa iba derecha á ella, mirándola como no la había mirado nunca.

Tocándole suavemente un brazo, le dijo:

—Tengo que hablar con usted.

—¡Conmigo!...

—Sí, con usted.—Y al decir esto le volvió á